

1

Austria, 14 de abril de 1942. Campo de concentración de Mauthausen. Cientos de cuerpos duermen un sueño tan profundo que se parece demasiado a la muerte. Dos soldados alemanes caminan entre las camas, asqueados del olor. Aun así hacen bromas. Se sienten invencibles. No temen ni a los rusos ni a los americanos. A los franceses los derrotaron con sólo presentarse en la frontera. Despiertan a un hombre que antes de la guerra era el banquero más influyente de Berlín. La mujer de la cama vecina sacude la cabeza y se tapa la cara con las manos. Los soldados llevan al banquero a una oficina y le ofrecen una silla. Una prisionera le sirve comida y cerveza. Ni el hombre mira a la mujer ni ella parece darse cuenta de que el hombre no es un soldado alemán. El hombre olvida todo precepto religioso y come. No sabe qué está comiendo, pero come. Se oye el motor de un coche y risas. La puerta se abre. El primero que entra es un oficial de las SS, comandante de Mauthausen. Lo sigue un oficial croata de la división Handschar, o *Handzar* según los croatas. El banque-

ro lo reconoce por la insignia de la cimitarra en el cuello y el ridículo fez verde sobre la cabeza. Los otros visten de civil: un italiano con un fascio de oro en la solapa, un español y un canadiense de origen francés, que a veces se declara estadounidense, según le convenga.

–¿Está usted bien? –le pregunta el oficial de las SS al ex banquero y le toca la espalda.

–Ahora que comí me siento mejor.

–La comida del campo no es mala –dice el SS, y no bromea–. ¿Qué ha decidido?

–¿Tengo opciones?

–Por supuesto –no necesita agregar que una es la muerte.

–Lo haremos. Lo haremos –dice el ex banquero.

–Me alegro –contesta el SS–. Sus conocimientos son invaluableles en esta empresa. Por algo fue elegido.

–Pero lo haré bajo ciertas condiciones. Sé que no estoy en situación de exigir nada...

–Olvide que es usted un prisionero. Ahora es nuestro socio. Sus exigencias las discutiremos como en cualquier empresa. Además, todos lo haremos bajo ciertas condiciones. Después de todo es por el bien de los nuestros.

–¿Supongo que no te referirás a los nazis? –dice el canadiense.

–Los nuestros, me refiero a los nuestros, a la familia, a los amigos. También a los que profesan nuestras ideas. Y no estoy hablando del *Reich*, claro. El *Reich* no será eterno, como no lo fue Roma.

Apenas recuerdan que afuera se está librando la guerra más sangrienta de la historia. Son solamente hombres que cargan con el peso de su ambición. Y allí están, solucionando los dolores de cabeza que eso les causa. De no haberse escuchado una descarga a lo lejos podrían haberse creído en la bolsa, planificando cómo influir en los precios de la harina.

–Podríamos beber algo –dice el italiano, más joven que el resto– tengo la boca seca. Debe ser de la emoción. Este es un momento histórico.

–Yo prefiero whisky –dice el oficial croata–. Estoy harto de la cerveza.

–Hay champagne francés –dice el SS–. Tributo del vencido al vencedor.

–Champagne para mí, entonces –dice el canadiense, que no parece ofendido por el comentario.

Beben sentados alrededor de una mesa redonda. Todos hablan más de una lengua. Cuando creen que lo que dicen puede ser malinterpretado, lo traducen a una, dos, o tres lenguas si lo consideran necesario. De tanto en tanto brindan. Como no saben por qué brindar, porque lo que acaban de fundar aún no tiene nombre, basta que uno simplemente levante la copa para que los otros lo imiten.

–Lo escuchamos –le dice al fin el oficial de las SS al ex banquero judío.

–Lo que necesito –dice el ex banquero– es un lugar tranquilo, dos asistentes, preferiblemente mujeres y que hablen y escriban inglés y español además de alemán.

–Cuenta con eso mañana mismo –dice el SS.

–Alguien tiene que encargarse de buscar información sobre sistemas cambiarios de cada país que sea posible –dice el ex banquero mirando a los otros cuatro–, relaciones entre monedas, precios de casas, coches, lo que sea. Valores de bolsa, de animales, balances empresariales, medios de transporte, horarios, sistemas políticos. Todo puede servir.

–Tengo gente capaz de hacer ese trabajo –dice el italiano–. ¿Por qué países comenzamos?

–Estados Unidos. Argentina. Brasil. Chile. México.

–De acuerdo. ¿Por qué no comenzamos por los países europeos?

–Porque nadie puede predecir cuánto durará la guerra, cual será el estado financiero de cada país y el valor de la moneda una vez que finalice. Y menos se puede predecir quién ganará.

–Espero que seamos nosotros –dice el SS.

Nadie agrega una palabra. El triunfo de uno puede significar la derrota de otros. La guerra es demasiado complicada. Mejor dedicarse a los negocios.

–¿Y España? –pregunta el español.

–Prestaremos una especial atención a España, siempre y cuando las condiciones políticas sigan siendo las actuales –dice el ex banquero.

–Seguiremos España muy de cerca. Tengo amigos y aliados allí, y aprovecharemos muy bien que uno de los nuestros sea español –dice el SS.

–Y de buenas relaciones con el gobierno, y con el generalísimo –dice el español con un dedo en alto.

–¿Cuánto tiempo necesita para organizar todo? –pregunta el SS al ex banquero.

–Al menos un año. Quizá dentro de seis meses podamos hacer las primeras operaciones, operaciones menores para chequear el funcionamiento del sistema.

–Por primera vez –dice el canadiense–, deseo que el Reich siga adelante algún tiempo más. Si el frente ruso cayera, deberíamos salir corriendo.

–No caerá tan fácilmente –lo interrumpe el SS sin demasiada convicción, intentando olvidar que desde que los Estados Unidos habían decidido involucrarse en la guerra nadie creía seriamente en el triunfo de Alemania.

–Vamos a necesitar especialistas –dice el ex banquero.

–¿Qué tipo de especialistas? –pregunta el español.

–Abogados en derecho internacional y en derecho civil, y además alguien que sepa confeccionar documentos.

–Sugiero –dice el español– que a los abogados los tomemos en el terreno donde se operará.

–Votemos –dice el SS.

Es la primera vez que votan. Seis a cero. Una buena señal.

–En cuanto a un especialista en documentos falsos –sigue el español, envalentonado por su capacidad de apreciación– deberíamos formarlo nosotros. No podemos depender de delincuentes.

–Mi hijo podría hacer eso –dice el croata, que habla por primera vez desde que están discutiendo negocios.

–¿Tu hijo no es un médico que trabaja con Mengele?
–pregunta el español.

Al oír Mengele el ex banquero judío no puede contener un escalofrío.

–Ese es Emir. Yo me refiero a Théo, su hermano mellizo, que es un buen soldado y ha peleado bien hasta ahora. Se encargó de limpiar de guerrilleros dos aldeas serbias. Capturó a treinta y seis, y de los peores.

–¿A cuántos mató con su propia pistola? –pregunta el SS.

–A treinta y seis –dice el croata abriendo los brazos como si fuera una obviedad.

El canadiense ríe. El croata no entiende el motivo.

–Dale los datos de Théo a mis hombres, ellos se encargarán de traerlo –dice el SS.

–Está aquí –dice el croata–. Ha venido conmigo. Me espera en el coche.

–Hazlo pasar. Hablaremos con él. Y sírvele champagne.

El croata le comunica la orden a un soldado suyo que lo espera apenas abriendo la puerta. Luego vuelve a la mesa, como si temiera perderse algo importante.

–¿Qué hay respecto a mi familia y amigos? –pregunta el ex banquero.

–Sólo tiene que darme la lista y los sacaremos del país –le responde el SS.

El ex banquero saca un papel del bolsillo y se lo entrega.

–Las iniciales al lado del nombre son las del campo donde están prisioneros.

–No garantizo que estén todos vivos –dice el alemán sin pesar alguno–. No en todos lados los tratan tan bien como aquí.

–Entonces sáquelos de allí lo más rápido posible.

El oficial de las SS llama a un sargento y le da el papel.

–Los quiero aquí inmediatamente. Dígale a mi secretario que redacte un salvoconducto para cada uno y una nota personal para que yo firme, donde quede en claro que esas personas deben llegar aquí con vida, que es importante para el *Reich* y para el mismísimo *Führer*.

El sargento hace chocar los tacos de las botas y sale.

–Hay dos hombres que están prisioneros aquí. Quiero que también los envíen a algún lugar seguro –dice el ex banquero.

–¿Pueden sernos útiles? –dice el SS.

–Lo ignoro. Simplemente quiero que se salven.

–Votemos –dice el SS.

Votan. Cinco a uno. El croata se opone. Al verse perdedor, dice:

–Espero que sea la última actitud romántica de este emprendimiento.

–Ahora –dice el ex banquero– necesito el listado completo de los prisioneros de este campo y de cualquier otro campo que sea posible conseguir.

–¿Y eso por qué? –pregunta el SS con dureza.

–Porque debe haber ancianos a punto de morir que no tienen herederos, o que los tuvieron pero están muertos. Comencemos por ellos.

–Suenan lógico –dice el SS–. Mañana tendrá el listado completo. Y le haré acondicionar una oficina cómoda y le conseguiré dos secretarias, si es posible bonitas. Aunque esto sea una empresa, no hay que negarse a algo de diversión.

–Hablando de eso. ¿Cómo nos llamaremos? –dice el español pronunciando el alemán de manera muy grosera.

–Pongamos la primera inicial de cada uno y formemos un anagrama –dice el canadiense.

Los hombres se entregan al juego. Se apellidan Zaric, Ísola, Wagner, Tesor, Erro y Lindbergth. Luego de varias combinaciones fallidas, llegan a la conclusión de que el mejor anagrama es el que comienza con la zeta y termina con la te.

–Qué curioso, parece una palabra verdadera –dice Erro–. ¿No significará algo en algún idioma?

–Le falta algo. Así parece un estornudo –dice Ísola–. Agreguémosle la palabra clan.

–Suenan a mafia italiana. Mejor comunidad –propone Zaric.

Lo aprueban con entusiasmo. Se dan la mano. Brindan. Entra a la habitación un muchacho joven, con cara de dormido y el fez ladeado. Tiene poco más de veinte años, y una gran cantidad de muertos en su cosecha personal.

–Este es mi hijo Théo –dice el oficial croata.

–*Za dom* –saluda Théo, y nadie responde porque nadie hace lo que está haciendo por la patria sino por ellos mismos.